

PAULO
COELHO



Aprender a conocerse es descubrir el mundo

 Planeta

PAULO COELHO

Hippie

Traducción de Ana Belén Costas

Título original: *Hippie*

© Paulo Coelho, 2018

<http://paulocoelhoblog.com/>

Esta edición ha sido publicada de acuerdo con Sant Jordi Asociados, Agencia Literaria, S. L. U., Barcelona, España. www.santjordi-asociados.com

© por la traducción, Ana Belén Costas, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

© del mapa del interior: Christina Oiticica

Canciones del interior:

Págs. 94 y 105: © *House of the Rising Sun*, 2002 Parlophone Records Ltd., a Warner Music Group Company, interpretada por The Animals.

Pág. 113: © *Heroin*, 2012 Universal Records, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por The Velvet Underground.

Primera edición: agosto de 2018

ISBN: 978-84-08-19347-0

Depósito legal: B. 16.226-2018

Composición: Pleca Digital

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

En septiembre de 1970, dos lugares se disputaban el privilegio de ser considerados el centro del mundo: Piccadilly Circus, en Londres, y el Dam, en Ámsterdam. Pero no todo el mundo lo sabía. Si se hubiese preguntado, la mayoría de la gente habría contestado: «la Casa Blanca, en Estados Unidos, y el Kremlin, en la Unión Soviética». Porque esa gente se informaba por periódicos, televisión, radio, medios de comunicación completamente desfasados y que nunca volverían a tener la misma relevancia que cuando se inventaron.

En septiembre de 1970, los billetes de avión eran carísimos, razón por la que sólo viajaba cierta élite. Bueno, eso no es del todo cierto para una gran multitud de jóvenes, de los cuales los antiguos medios de comunicación sólo destacaban su aspecto exterior: pelo largo, ropa de colores, que no se bañaban (lo cual era mentira, pero los jóvenes no leían periódicos, y los adultos se creían cualquier noticia que insultase a los que consideraban una «amenaza para la sociedad y las buenas costumbres»), que

ponían en riesgo a toda una generación de chicos y chicas estudiosos tratando de triunfar en la vida con sus pésimos ejemplos de libertinaje y «amor libre», como solían decir con desprecio. Pues bien, esa multitud de jóvenes, cada vez más numerosa, tenía un sistema de divulgar noticias que nadie, absolutamente nadie, podía detectar.

El «Correo Invisible» no se ocupaba precisamente de divulgar y comentar el nuevo modelo de Volkswagen ni los nuevos tipos de jabón en polvo que se acababan de lanzar en todo el mundo. Sus noticias se concentraban en cuál sería la siguiente gran ruta que iban a recorrer aquellos jóvenes insolentes, sucios, practicantes del «amor libre» y que usaban ropa que nadie con buen gusto sería capaz de ponerse. Las chicas, con el pelo trenzado lleno de flores y sus largas faldas, sus blusas de colores sin sujetador, collares de todo tipo de colores y cuentas; los chicos, sin cortarse el pelo ni la barba durante meses, con vaqueros gastados y rotos de tanto usarlos, porque los vaqueros eran caros en todo el mundo, salvo en Estados Unidos, donde habían abandonado el gueto de los trabajadores de fábrica y ahora se veían en los macroconciertos en San Francisco y sus alrededores.

El «Correo Invisible» existía porque la gente siempre asistía a esos conciertos, intercambiaba ideas sobre dónde reunirse, cómo descubrir el mundo sin subirse a un autobús turístico con un guía que te va describiendo el paisaje mientras los más jóvenes se aburren y los viejos duermen. A través del boca a boca, todo el mundo sabía

dónde era el siguiente concierto o la siguiente gran ruta que recorrer. No había limitaciones económicas para nadie, porque el autor preferido de todos los que pertenecían a esa comunidad no era ni Platón, ni Aristóteles, ni los cómics de algunos dibujantes que se habían ganado el estatus de famoso. El gran libro, sin el que nadie viajaba al viejo continente, se llamaba *Europe on five dollars a day*,* de Arthur Frommer. Gracias a él todos sabían dónde hospedarse, qué ver, dónde comer y los puntos de encuentro y los lugares donde se podía disfrutar de música en directo sin gastar prácticamente nada.

El único error de Frommer por aquel entonces fue haber limitado su guía solamente a Europa. ¿Es que no había otros sitios interesantes? ¿No estaba la gente más dispuesta a irse a la India que a París? Frommer corregiría el fallo algunos años después pero, mientras tanto, el «Correo Invisible» se encargó de promocionar una ruta en América del Sur, hacia la antigua ciudad perdida de Machu Picchu, recomendando que no se comentase demasiado con aquellos que no conocían la cultura hippie, o en breve el lugar se vería invadido de bárbaros con sus máquinas fotográficas y las extensas explicaciones (rápidamente olvidadas) de cómo una tribu de indios había creado una ciudad tan bien escondida que sólo podría ser descubierta desde el aire (algo que creían imposible, ya que los hombres no vuelan).

* «Europa por cinco dólares al día.» (*N. de la t.*)

Seamos justos: había un segundo y enorme bestseller, no tan popular como el libro de Frommer, pero que leían aquellos que ya habían pasado por la fase socialista, la marxista, la anarquista, y habían acabado totalmente desilusionados con un sistema inventado por aquellos que decían que era «inevitable la toma del poder por parte de los trabajadores en todo el mundo». O que «la religión es el opio del pueblo», demostrando que el que había dicho una frase así de estúpida no sabía nada sobre el pueblo y mucho menos sobre el opio. Porque, entre otras cosas, esos jóvenes mal vestidos, con ropa distinta, que no se bañaban, etcétera, creían en Dios, dioses, diosas, ángeles y cosas por el estilo. El único problema es que dicho libro, titulado *El retorno de los brujos*, del francés Louis Pauwels y del soviético Jacques Bergier —matemático, exespía, investigador incansable de ocultismo—, decía justo lo contrario: el mundo se compone de cosas interesantes, hay alquimistas, magos, cátaros, templarios, y otras palabras que hacían que nunca fuese un gran éxito en las librerías, porque un ejemplar lo leían, por lo menos, diez personas, dado su precio exorbitante. En fin, Machu Picchu estaba en el libro y todos querían ir allí, a Perú; había jóvenes de todo el mundo (bueno, de todo el mundo es un poco exagerado, porque los que vivían en la Unión Soviética no lo tenían tan fácil para salir de sus países).

A lo que iba: en las conocidas como *rutas hippies* había jóvenes de todas partes del mundo, que al menos disponían de ese elemento imprescindible llamado *pasaporte*. Nadie sabía realmente qué quería decir la palabra *hippie*, pero no tenía la menor importancia. Tal vez significaba «una gran tribu sin líder» o «marginados que no asaltan», o todas las descripciones hechas al principio de este capítulo.

El pasaporte, ese pequeño cuaderno facilitado por el gobierno, guardado en una bolsa sujeta a la cintura junto con el dinero (poco o mucho, era irrelevante), tenía dos finalidades. La primera, como todos sabemos, era poder cruzar fronteras, siempre que los guardias no se dejaran influenciar por las noticias que leían y decidiesen enviarte de vuelta porque no estaban acostumbrados a aquellas ropas, ni a aquellos pelos, ni a aquellas flores, ni a aquellos collares, ni a aquellos abalorios, ni a las sonrisas de aquellos que parecían estar en un permanente estado de éxtasis, normalmente, aunque de modo injusto, atribuido a drogas demoníacas que, decía la prensa, los jóvenes consumían en cantidades cada vez mayores.

La segunda función del pasaporte era librar a su portador de situaciones extremas (cuando se acababa todo el dinero y no había a quién recurrir). El «Correo Invisible» siempre facilitaba la información necesaria sobre los lugares en los que se podía vender. El precio variaba según el país: un pasaporte de Suecia, donde todos eran rubios, altos y de ojos claros, valía muy poco, porque sólo se po-

dría revender a rubios, altos, de ojos claros, y éstos generalmente no estaban en la lista de los más buscados. Pero un pasaporte de Brasil valía una fortuna en el mercado negro, porque en Brasil, además de rubios, altos y de ojos claros, también hay negros altos y bajos, de ojos oscuros, orientales de ojos rasgados, mulatos, indios, árabes, judíos, en fin, una enorme mezcla de culturas que lo convertía en uno de los más codiciados documentos del planeta.

Una vez vendido el pasaporte, el portador original iba al consulado de su país y, fingiendo terror y depresión, decía que lo habían asaltado y se lo habían robado todo: no tenía dinero ni pasaporte. Los consulados de los países más ricos ofrecían pasaporte y billete gratis de regreso al país de origen, lo cual era inmediatamente rechazado, bajo el pretexto de que «alguien me debe una gran cantidad de dinero, primero tengo que cobrar lo que es mío». Los países pobres, normalmente regidos por severos sistemas de gobierno, en manos de militares, llevaban a cabo una verdadera investigación para comprobar si el solicitante estaba en la lista de «terroristas» buscados por subversión. Una vez que constataban que la chica (o el chico) tenía la ficha limpia, se veían obligados, contra su voluntad, a expedir el documento. No ofrecían billete de vuelta, porque no interesaba que dichos engendros influenciasen a una generación que se educaba en el respeto a Dios, a la familia y a la propiedad.

Volviendo a las rutas: después de Machu Picchu le tocó el turno a Tiahuanaco, en Bolivia. Después, a Lasa, en el Tíbet, donde era muy difícil entrar porque había, según el «Correo Invisible», una guerra entre los monjes y los soldados chinos. Resultaba difícil imaginar dicha guerra, pero todo el mundo se lo creía y nadie se arriesgaba a hacer un larguísimo viaje sólo para acabar prisionero de los monjes o de los soldados. Finalmente, los grandes filósofos de la época anunciaron poco tiempo antes de separarse, precisamente en abril de aquel año, que la gran sabiduría del planeta estaba en la India. Fue suficiente para que jóvenes de todo el mundo se dirigiesen a ese país en busca de sabiduría, conocimiento, gurús, votos de pobreza, iluminación, y de *My Sweet Lord*.

El «Correo Invisible», sin embargo, informó de que el gran gurú de los Beatles, Maharishi Mahesh Yogi, había intentado seducir y mantener relaciones sexuales con Mia Farrow, una actriz que a lo largo de los años siempre había tenido experiencias amorosas infelices, y había ido a la India invitada por los Beatles, posiblemente para curar los traumas relacionados con la sexualidad, que parecían perseguirla como un mal karma.

Pero todo indica que el karma de Mia Farrow también iba al mismo sitio, junto a John, Paul, George y Ringo. Según ella, estaba meditando en la cueva del gran gurú cuando él la agarró e intentó forzarla para mantener relaciones sexuales. Para entonces, Ringo ya había regresado a Inglaterra porque su mujer detestaba la

comida india, y Paul también decidió abandonar el retiro, convencido de que aquello no lo conducía a ningún sitio.

Sólo George y John permanecían en el templo de Maharishi cuando Mia llegó junto a ellos, llorando, y les contó lo que había pasado. Ambos hicieron inmediatamente sus maletas y, cuando el Iluminado les preguntó qué pasaba, la respuesta de Lennon fue contundente: «Coño, si eres tan iluminado, ya debes de saberlo».

En septiembre de 1970 las mujeres dominaban el mundo; mejor dicho, las jóvenes hippies dominaban el mundo. Los hombres andaban de acá para allá y sabían que lo que las seducía no era la moda —ellas eran mucho mejores que ellos en el asunto—, por lo que decidieron aceptar de una vez por todas que eran dependientes, vivían como si los hubiesen abandonado y con la petición implícita de «protégeme, estoy solo y no encuentro a nadie, creo que el mundo se olvidó de mí y el amor me abandonó para siempre». Ellas elegían a sus machos y nunca pensaban en casarse, sólo en pasar algún tiempo agradable y divertido con un intenso y creativo sexo. Tanto para las cosas importantes como para las superficiales e irrelevantes, la última palabra era de ellas. Entonces, cuando el «Correo Invisible» difundió la noticia del acoso sexual a Mia Farrow y de la frase de Lennon, inmediatamente decidieron cambiar de ruta.

Se creó otra ruta hippie: de Ámsterdam (Holanda) a Katmandú (Nepal), en un autobús que costaba aproximadamente cien dólares y atravesaba países que eran muy interesantes: Turquía, Líbano, Irán, Irak, Afganistán, Pakistán y parte de la India (bien lejos del templo de Maharishi, dicho sea de paso). El viaje duraba tres semanas y recorría un número infinito de kilómetros.

Karla estaba sentada en el Dam, preguntándose cuándo iba a aparecer el tipo que debía acompañarla en esa mágica aventura (según ella, claro). Había dejado su trabajo en Róterdam, que estaba a tan sólo una hora de tren; como necesitaba ahorrar cada céntimo, había hecho autostop y el viaje le había llevado casi un día. Había descubierto el viaje en autobús a Nepal en una de las decenas de periódicos alternativos hechos con mucho sudor, amor y trabajo por gente que creía tener algo que decirle al mundo, y que después se vendían por una cantidad insignificante.

Después de una semana esperando, empezó a ponerse nerviosa. Había abordado a una decena de chicos llegados de todo el mundo, interesados simplemente en quedarse allí, en aquella plaza sin el menor atractivo aparte de un monumento en forma de falo, lo cual al menos debería estimular la virilidad y el coraje. Pero no; ninguno de ellos estaba dispuesto a ir a lugares tan desconocidos.

No era por la distancia: la mayoría era de Estados Unidos, de América Latina, de Australia y de otros países que

exigían dinero para los carísimos billetes de avión y con muchos puestos fronterizos donde podrían pararlos y tendrían que volver a sus países de origen sin conocer una de las dos capitales del mundo. Llegaban, se sentaban en aquella plaza sin gracia, fumaban marihuana, se alegraban porque podían hacerlo a la vista de la policía, y eran literalmente secuestrados por las sectas y cultos que abundaban en la ciudad. Durante un tiempo al menos, olvidaban su vida escuchando siempre lo mismo: «hijo mío, tienes que ir a la universidad, cortarte el pelo, no avergüences a tus padres porque los demás (¿los demás?) van a decir que te hemos dado una pésima educación, lo que tú escuchas NO es música, ya es hora de que te busques un trabajo, o sigue el ejemplo de tu hermano (o hermana), que es más joven que tú, ya tiene dinero suficiente para sus caprichos y no necesita pedirnos nada a nosotros».

Lejos de la eterna cantinela de la familia, eran personas libres, y Europa un lugar seguro (siempre que no se aventurasen a atravesar el famoso Telón de Acero, «invadiendo» un país comunista); estaban contentos, porque de viaje se aprende todo lo necesario para el resto de la vida, siempre que no tengan que explicárselo a sus padres:

«Papá, sé que quieres que tenga un título, pero es algo que puedo conseguir en cualquier momento de la vida, lo que necesito ahora es experiencia».

No había padre que entendiese esa lógica, y no quedaba más remedio que juntar algún dinero, vender alguna cosa, y salir de casa cuando estuviesen durmiendo.

Vale, Karla estaba rodeada de personas libres y determinadas a vivir cosas que la mayoría no tenía el coraje de probar. Pero ¿por qué no ir en autobús a Katmandú? «Porque no es Europa —contestaban—. Es completamente desconocida para nosotros. Si sucede algo, siempre podemos ir al consulado y pedir que nos repatrien.» (Karla no conocía un solo caso en el que eso hubiese ocurrido, pero era lo que decía la leyenda, y la leyenda se convierte en verdad cuando se repite mucho.)

Al quinto día de esperar al que ella iba a designar como su «acompañante», empezó a desesperarse (estaba gastando dinero en una habitación, cuando podría sencillamente dormir en el Magic Bus, el nombre oficial del autobús de cien dólares y miles de kilómetros). Decidió entrar en la consulta de una vidente por la que pasaba siempre antes de ir al Dam. La consulta, como siempre, estaba vacía (en septiembre de 1970, todo el mundo tenía poderes paranormales, o los estaba desarrollando). Pero Karla era una mujer práctica y, aunque también meditaba todos los días y estaba convencida de que había empezado a desarrollar su tercer ojo —un punto invisible entre los ojos—, hasta el momento sólo había dado con chicos equivocados, aunque su intuición le garantizaba que eran adecuados.

Entonces decidió consultar a la vidente, sobre todo porque aquella espera sin fin (ya había pasado casi una semana, ¡una eternidad!) la estaba llevando a considerar si seguir adelante con una compañía femenina, lo que podía ser un suicidio, sobre todo porque iban a cruzar

muchos países en los que dos mujeres solas serían, cuando menos, mal vistas y, en el peor de los casos, según su abuela, acabarían vendidas como «esclavas blancas» (un término que, para ella, era erótico, pero que no quería experimentar en su propia carne).

La vidente, que se llamaba Layla y era un poco mayor que ella, toda vestida de blanco y con la sonrisa beatífica del que vive en contacto con el Ser Superior, la recibió con una reverencia (debía de pensar: «bueno, voy a ganar dinero para pagar el alquiler de hoy»), le pidió que se sentase, cosa que hizo, y la felicitó por haber elegido el punto de poder de la sala. Karla se engañó a sí misma pensando que realmente estaba consiguiendo abrir su tercer ojo, pero el inconsciente la avisó de que Layla debía de decirle aquello a todo el mundo, o, mejor dicho, a los pocos que entraban allí.

En fin, eso no venía al caso. Encendió incienso («de Nepal», comentó la vidente, pero Karla sabía que lo fabricaban allí cerca: los inciensos eran uno de los grandes negocios hippies, junto con los collares, las camisas de batik y los adornos con el símbolo hippie o con flores, o con la frase FLOWER POWER para poner en la ropa). Layla cogió un mazo de cartas y empezó a barajar, le pidió a Karla que cortase por la mitad, colocó tres cartas y empezó a interpretarlas de la manera más tradicional posible. Karla la interrumpió.

—No he venido aquí para esto. Sólo quiero saber si voy a encontrar compañía para ir al mismo lugar del que

dijiste...—enfaticó bastante el «del que dijiste» porque no quería un karma malo. Si sólo hubiese dicho «quiero ir al mismo sitio», tal vez habría acabado en uno de los suburbios de las afueras de Ámsterdam, donde estaba la fábrica de inciensos—, de donde dijiste que vino el incienso.

Layla sonrió, aunque la vibración hubiese cambiado por completo; en su interior hervía de rabia por haber sido interrumpida en un momento tan solemne.

—Sí, por supuesto. —Forma parte del deber de las videntes y los lectores de cartas decirles siempre a los clientes lo que quieren oír.

—Y ¿cuándo?

—Antes de que el día de mañana termine.

Las dos se quedaron sorprendidas.

Karla sintió por primera vez que decía la verdad, porque el tono era positivo, enfático, como si la voz proviniese de otra dimensión. Layla, por su parte, se asustó; las cosas no siempre sucedían así, y cuando sucedían ella temía ser castigada por entrar sin mucha ceremonia en aquel mundo que parecía falso y verdadero, aunque se justificaba todas las noches en sus oraciones, diciendo que todo lo que hacía en la Tierra era ayudar a los demás dando más positivismo a lo que querían creer.

Karla se levantó inmediatamente del «punto de poder», pagó media consulta y salió antes de que la persona que

ella esperaba llegase. «Antes de que el día de mañana termine» es vago, podría ser hoy. Pero, en cualquier caso, sabía que ahora estaba esperando a alguien.

Volvió a su lugar en el Dam, abrió el libro que estaba leyendo y que pocos conocían, lo que daba a su autor el estatus de «autor de culto» (*El Señor de los Anillos*, de J. R. R. Tolkien, que habla de lugares míticos como el que ella pretendía visitar). Fingió no escuchar a los chicos que cada dos por tres iban a molestarla con alguna pregunta estúpida, una vana excusa para dirigirse a ella.